

EL CUADRO QUE SE FUE DE ROMERÍA

Pedro LOZANO BARTOLOZZI

plozano@unav.es

Las romerías, como bien conocen los lectores de Pregón, son fiestas populares que se acostumbran celebrar en una ermita o santuario el día de la festividad religiosa del lugar. Navarra alegra su primavera con los rezos y canciones de peregrinos y romeros que caminan sus paisajes en sencilla liturgia campestre o montañera.

Hay romerías de alcurnia sacramental y otras más discretas, más para los de casa. Enumerarlas es vana salmodia, letanía encadenada de amapolas y margaritas que volarán al caer la tarde por los campanarios.

En las más famosas, en las penitenciales, desfilan personas entunicadas, algunas descalzas o cargadas de cruces, como vemos en Ujué o Roncesvalles, pero seguro que ustedes nunca habrán contemplado peregrinar a un cuadro.

Este texto es la andanza curiosa de tan insólito suceso. Mi padre fue un andariego dibujante de las gentes, lugares y costumbres de

Navarra. En los recorridos y excursiones familiares o con amigos, nunca olvidaba un block para tomar apuntes y más tarde, una cámara fotográfica.

En estas salidas de cetrería pictórica, Pedro hizo unos cuantos bocetos y diseños de romeros, de curas con bonete, de sacristanes portando crucifijos o santos, de hombres y mujeres con manojos de flores o ramos. Hay en casa carpetas con esbozos de manos recias sujetando fuertemente maderos.

En el año 1971, pocos meses después de nacer mi hija María, su primera nieta, pintó un óleo sobre un lienzo de gran tamaño al que puso el nombre de *Cruceros de Roncesvalles*. En la obra se ve a varios romeros caminando con gruesas cruces apoyadas en sus espaldas, agarradas con los brazos en alto. Es una imagen de expresividad inquietante y potente.

El cuadro asomó discreto en algunas exposiciones, pero Pedro lo quería cerca. Se colocó en una de las paredes del cuarto que daba al balcón con vistas a la plaza Príncipe de



Cesión del cuadro a la Colegiata de Roncesvalles. Pedro Lozano Bartolozzi y Juan Carlos Elizalde.

Viana, encima de un mueble de arca grande de madera oscura y decoración geométrica en las puertas. Debí adquirirlo en algún anticuario o traerlo de un caserío. No recuerdo bien su procedencia, pero sí que dentro guardaba sus "tesoros" con el celo de Harpágón.

Una de las manías de mi padre, que tenía unas cuantas, era el coleccionismo. Un tipo de coleccionismo muy particular, anárquico y variopinto. En el arcón, algo desvencijado, ocultaba cajas de habanos de todos los tamaños. La mayoría de los puros se quedaban secos y se rompían. También guardaba vitolas con retratos de reyes, escudos y otros oropeles, botes de tabaco de pipa que harían palidecer de envidia a un viejo lobo de mar, sobres con sellos exóticos, caracolas, fotos abarquilladas y recortes de periódicos. En fin, un mundo misterioso que protegían los cruceros del lienzo desde la pared.

En aquel cuarto había otros muchos trastos, cachivaches y libros. Un timón convertido en mesa y más pinturas, destacando otro cuadro de mayor tamaño con unas malvadas brujas volando con sus escobas sobre una humeante hoguera y tejados tenebrosos.

Roncesvalles y sus paisajes de leyenda era territorio comanche para viajes familiares y sigue igual para hijos y nietos. Mi primera novela, *Némesis*, publicada en 1985, termina precisamente en una surrealista cumbre de personajes históricos reunidos en la Colegiata. La frase final es alegórica: "Estos bosques se transformaron de campo de batalla en cruce de caminos para el peregrinaje de los pueblos."

Volviendo al cuadro, reproduzco unos párrafos que escribió mi hijo Pedro Luis hace ya tiempo en su tesis de doctorado. "En *Cruces de Roncesvalles*, tanto la composición como el punto de visión, como el propio tratamiento de las figuras pretenden atraer al espectador a través de elementos expresivos, pero finalmente esa misma teatralidad provoca un grado de irrealidad que nos impide llegar a creer en la escena que se representa. A la postre este matiz resulta importante y

a pesar de que nos encontramos con una obra realizada en un lenguaje realista también tenemos que tener en cuenta que Pedro no copia fielmente la realidad, su pincelada puede llegar a ser tosca e imprecisa y en algunas ocasiones utiliza colores antinaturales para lograr una mayor expresividad."

Este es sin duda su secreto. Nunca rompió de todo su vínculo con el teatro. En el fondo siempre pintó decorados. Contemplamos sus paisajes y rincones de pueblos con cierto recelo costumbrista y entenderemos mejor su empeño por liberarse del gusto naturalista. Era un escenógrafo.

Bien, bien, dirán ustedes, pero ¿cuándo empieza la anunciada romería del cuadro? Continuaré sin más dilaciones. El cuadro, que mide 99

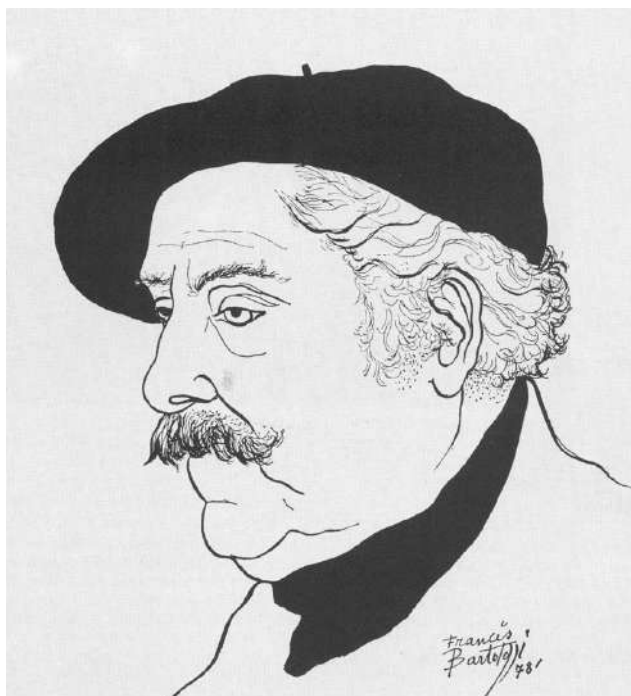
centímetros de alto por 81 centímetros de ancho, se descolgó de su ubicación poco después del fallecimiento de Pitti, nuestra madre. Dada su envergadura, optamos por llevarlo temporalmente a casa de mi hija Cristina en el valle de Elorz. Allí, los romeros pintados se sintieron de un modo imaginario más a sus anchas, entre colinas onduladas y serrezuelas, oteando la Higa de Monreal.

Intuimos todos los hermanos que los entumecidos parecían más felices, con semblantes

menos serios. La mayor cercanía a los Pirineos resultaba salúferra. ¿Y si los llevamos hasta Roncesvalles? ¿No es la Colegiata su mejor destino?

El plan nos ilusionó y me puse en contacto con el Arzobispado. El proyecto interesó por rápidamente por su afecto mariano. Después de varias reuniones se decidió y aceptó la donación a la Colegiata de Roncesvalles, con las correspondientes formalidades jurídicas.

Y entonces, los cruceros nos depararon una nueva sorpresa. La fecha prevista para la firma era el 22 de enero de 2016, pero resultó que el entonces Prior de Roncesvalles, Don Juan Carlos Elizalde Espinal fue nombrado por el Papa obispo de Vitoria muy pocos días antes, el 8 del mismo mes.



Por carambola jugarreta del destino, tal vez en complicidad con mi padre y los cruceros peregrinos, el burocrático trámite de la firma del contrato revistió un jubiloso aplauso que alborozó en su eco las cumbres de Astobiscar, Ibañeta, Orzanzurieta y los hayedos carolingios dorados por el tiempo.

La lectura del texto jurídico me sonó a canto gregoriano. Escuchaba las palabras con unción. La Real Colegiata de Santa María de Roncesvalles expresaba su agradecimiento, destacando "la aportación de una obra pictórica de tan grandísima importancia cultural

y artística y su interés y voluntad de aceptación de la misma." Cerré los ojos e imaginé a mis padres disfrutando de la escena.

El cuadro, debidamente embalado y protegido, fue llevado en una furgoneta hasta Roncesvalles. Un canónigo me comentó discretamente, días más tarde, haber visto a los romeros salir del lienzo, apoyar sus cruces en el suelo, levantar su mirada y cantar la Salve a la Virgen. Le observé escéptico pero él me hizo un gesto afirmativo con su cabeza señalando al cielo. **PRE
GON**



Cruceros de Roncesvalles.

*Óleo en lienzo
99 x 81 cm.*